

## *La Sociedad de Masas*

*Datos primeros para su estudio*

*Por el Dr. Francisco AYALA. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.*

EN el año 1926 apareció en un diario de Madrid una serie de artículos que prestarían base a un libro destinado a rara fortuna: *La Rebelión de las Masas*, de José Ortega y Gasset. Leído, comentado, discutido, traducido y propagado por todas partes, se lo encuentra desde entonces citado de continuo en la literatura sociológica, tanto académica como libre. Ahora mismo, *La Rebelión de las Masas* corre en una edición popular norteamericana, y produce en gran medida los efectos de una novedad, a pesar de que, ya en el año 1937, afirmaba su autor en el Prólogo para franceses, que los hechos habían dejado atrás al libro, hasta el punto de hacerle a él vacilar en cuanto a la oportunidad de publicar esa versión francesa. Desde entonces han sido muchos y muy notables otra vez los hechos que se han producido en el campo histórico-social. Después de 1937 ha tenido efecto la segunda guerra mundial con todas las implicaciones, todas las secuelas de semejante acontecimiento, que alteran a fondo las condiciones de vida del hombre occidental, y cambian la fisonomía general de su sociedad. De modo que si en 1937 los hechos habían rebasado el libro ¿qué no podrá decirse en 1951? Y, sin embargo, el libro sigue en pie, mantiene su validez, conserva intactas sus virtudes de incitación para un estudio comprensivo de la sociedad actual y del mundo en que vivimos. Quien se pregunte por los factores determinantes de su gran éxito quizás encuentre una primera explicación en el acierto de su título: *La Rebelión de las Masas* es un enunciado lleno de resonancias,

atractivo y, al mismo tiempo, irritante; suscita de inmediato en el lector respuestas polémicas que lo mantienen en tensión a lo largo de toda la lectura. Pero ese factor de orden más bien accidental, no bastaría para explicar el gran arraigo vital de la obra, su duradera acción. Depende ésta, sobre todo, de que se describe ahí el fenómeno fundamental de la sociedad de nuestro tiempo, una realidad que se ha ido imponiendo paso a paso y en medida creciente hasta hacerse obvia. Así, a *La Rebelión de las Masas* le ha cabido el destino de tantos grandes libros que, recibidos en actitud más bien hostil y extraña a pesar del impacto producido, poco a poco han ido concitando asentimientos hasta parecer, por último, que su contenido es trivial, porque ya ha entrado en el dominio de la experiencia común.

El advenimiento del régimen social de las masas, descrito por Ortega —y otros profetas, antes que él, lo habían previsto— hace acto de presencia inicialmente, en Occidente, con la revolución industrial y con la revolución política de finales del siglo XVIII, se manifiesta en las guerras napoleónicas, en los movimientos democrático-nacionalistas, en la formación del proletariado, en los avances del industrialismo, en la movilización general de la primera gran guerra, en la revolución rusa, en el movimiento fascista. Pero, después de escrito su libro, se acentúa todavía con la crisis y el New Deal en Estados Unidos, el advenimiento del régimen nazi en Alemania y, por fin, con la segunda guerra mundial, que ha desarticulado a la sociedad occidental, quebrando los últimos restos de sus estructuras tradicionales, hasta el extremo de que ya, hoy, no habrá quien objete la afirmación de que vivimos en una sociedad de masas; es decir, en una sociedad amorfa, atomizada, donde las multitudes humanas se encajan en cuadros artificiales, en formaciones mecánicas, que antes sugieren la palabra regimentación que la palabra organización para designar al orden de la convivencia social. De esta fundamental manera de ser la sociedad en que vivimos derivan por un camino u otro todos los grandes problemas de nuestro tiempo. Conforme queremos ahondar en alguno de esos problemas tropezamos, sin dilación con el fenómeno de las masas en su base, condicionándolo, y a veces determinándolo directamente. De modo que si nos proponemos, no ya resolverlos, pero tan siquiera conocer esos problemas en términos adecuados, tenemos que poseer una clara noción de lo que significa una sociedad de masas, de cómo es esta sociedad de masas a que pertenecemos y donde actuamos.

La palabra "masa", como suele ocurrir con las que designan objetos sociales, pertenece al uso corriente y adolece de la ambigüedad habitual en las palabras de uso corriente, presentando connotaciones distintas según el contexto en que la empleamos; de modo que, al usar la palabra "masa" podemos querer indicar, mediante ella, cosas ligeramente diferentes. Por lo pronto, alude a un hecho numérico; y cuando se dice que vivimos en una sociedad de masas, quiere sugerirse que sobre la superficie de la tierra se reúnen ahora muchos más seres humanos de los que había antes; que nuestra sociedad actual está compuesta por muchos más hombres de los que la componían en épocas pasadas. Se comprueba, en efecto, que ha habido un aumento de la población en proporciones capaces de modificar la fisonomía de la sociedad. Este es un hecho que las estadísticas evidencian, corroborando los datos de la experiencia vulgar. Pues, frente a este hecho, la primera cuestión que se nos plantea es la de averiguar si ese crecimiento de la población por virtud del cual decimos que la sociedad actual ha llegado a convertirse en una sociedad de masas, ha sido un crecimiento parejo en toda la superficie de la tierra o se encuentra limitado a algún sector de ella. Recordemos que la Humanidad, concepto abstracto, aparece en la realidad concreta dividida en cuerpos históricos, grandes unidades sociales a las que llamamos culturas y que están unidas por una comunidad de destino. Pues bien; ¿ha correspondido a un destino común y general del género humano este crecimiento de la población que da lugar a la presencia de las masas, o ha sido, por el contrario, un fenómeno peculiar y exclusivo de la cultura occidental, a la que nosotros pertenecemos? Cuando el hombre de Occidente contempla el mundo exterior, cuando se ha asomado a las otras culturas, ha observado que los movimientos de población en ellas están ligados al ritmo de la naturaleza en cuanto que ésta produce abundancias o escaseses de alimento, de tal modo que una mala cosecha en la India, en China, en Rusia, ha solido ser la causa de hambre y mortandades que diezman la población. Y eso mismo ha ocurrido también en la cultura occidental durante los siglos de la Edad Media, en los cuales la población europea se vió mermada de vez en cuando por hambre y epidemias. Ahora bien, según pudimos apuntar en su lugar oportuno, a partir del Renacimiento se ha producido un continuo crecimiento geográfico de la civilización occidental, que se ha expandido por el planeta, ocupando territorios pertenecientes a otras culturas y asimilándoselos, incorporándoselos. Su impulso hacia la conquista y anexión de espacios exteriores ha

proporcionado al hombre de Occidente recursos naturales muy superiores a sus necesidades, que a su vez se vieron disminuídas simultáneamente por el drenaje, en algunos casos notorios, de la población europea vertida sobre los nuevos continentes colonizados. Así, el problema de población durante la época del capitalismo naciente fué un problema de escasez. Todavía en 1721 considera Montesquieu en sus *Cartas persas* la despoblación como una pavorosa perspectiva; y en España, Cadalso sigue también para esto a su modelo en las *Cartas Marruecas*. Pero en Inglaterra, ya en 1798, para Malthus, el problema de la población será un problema de crecimiento demasiado rápido en relación con el aumento de los bienes de consumo. Las perspectivas parecen haberse invertido. Y es que, en efecto, desde finales del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX, hasta el momento presente, se ha observado —no en todo el mundo, pero sí dentro del campo que se extiende la cultura occidental— un asombroso crecimiento de la población, de modo que ese aumento numérico por el cual afirmamos que la sociedad actual se ha convertido en una sociedad de masas, constituye un fenómeno particular y excesivo de nuestra cultura. No en todo el mundo ha aumentado la población: ha aumentado para la cultura occidental a la cual nosotros pertenecemos. Si ahora, para precisar la realidad de ese fenómeno, echamos mano de las mismas fuentes utilizadas por Ortega y Gasset, encontraremos unas elocuentes cifras, extraídas de datos estadísticos en la obra magna de W. Sombart, *El Capitalismo Moderno*. Dice literalmente este autor: “Nunca hasta ahora, desde que hay hombres sobre la tierra, llegaron éstos a multiplicarse en proporciones siquiera comparables a las que ha revestido el aumento de población desde los comienzos de la época de apogeo del capitalismo”, o sea, desde fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. La población de Europa en 1800 era, en cifras redondas, de 180 millones. El aumento fué desde los 180 millones del año 1800, a 270 millones en el siglo XIX: en un siglo, vez y media más, añadida a la población precedente. Pero hay que tener en cuenta, además, que a este crecimiento de la población de Europa deben sumarse los excedentes de población europea derramada mediante la emigración sobre otras zonas del planeta. Y si además se toma como índice a aquellos países donde el aumento de población ha sido intenso; Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, se comprobará que en poco más de un siglo la población de los países donde este proceso ha sido más intenso se ha quintuplicado. Si ahora nos preguntamos, como se lo pregunta Sombart, acerca de las causas de este asom-

broso aumento de la población en el Occidente, si queremos saber a qué se ha debido este crecimiento que constituye como hecho numérico la aparición de las masas, la hipótesis que en seguida acude a las mentes es la de una intensificación de la fecundidad humana. Pero las estadísticas desautorizan esta posible explicación: no ha habido un aumento de los nacimientos; al contrario, las estadísticas registran un descenso de los índices de natalidad, como efecto del control de la natalidad ejercido por las capas más acomodadas de la sociedad. Y, puesto que un aumento de población en términos estadísticos solamente se produce —aparte movimientos migratorios— o bien por aumento de los nacimientos o bien por disminución de las defunciones, excluida la primera solución solamente queda la segunda. Lo que ha pasado es que ha disminuído en términos colosales la cifra de fallecimientos. No sólo se ha prolongado en general la duración media de la vida humana, sino, sobre todo, se han eliminado en una porción sustancial, las muertes prematuras; y esto es lo que ha permitido quintuplicarse en poco más de un siglo la población en determinados países. Una vez constatado eso, queda por averiguar la causa de tan sorprendente reducción de la mortalidad. Por más que las doctrinas de Malthus no tengan hoy otro valor que el histórico, no puede perderse de vista la ecuación malthusiana de población y disponibilidades alimentarias. Dentro de ciertos márgenes de oscilación, la población humana está limitada por la cantidad de alimentos disponibles, y ha de haberse producido un considerable aumento de ellos para permitir ese gran crecimiento de población. Tal aumento resulta, en verdad, tanto de la utilización y explotación de aquellos territorios exteriores a los que se extendió el poder de la civilización occidental a lo largo de la Edad Moderna, como también de un mejoramiento en las técnicas de la agricultura y ganadería aplicadas al territorio europeo mismo. Pero no basta con esto, que si crea la posibilidad de sustento para una población tanto más numerosa, sólo en parte e indirectamente ha podido influir en el descenso de la mortalidad. Probablemente la causa principal del aumento de población haya sido el progreso técnico en el orden de la sanidad, eliminando la muerte ocasionada por una gran cantidad de enfermedades endémicas, y suprimiendo el efecto devastador de las grandes epidemias que periódicamente asolaban a la población europea. Es, pues, el progreso de las capacidades técnicas en el orden de la sanidad y, también en el orden de la producción de bienes de consumo, lo que, ante todo, ha dado lugar al crecimiento de la población dentro del campo de la civilización occiden-

tal. Y resulta demasiado evidente la conexión entre dicho progreso y las cifras reveladas por las estadísticas de población para que podamos dejar de referir tal crecimiento a los cambios cuyo conjunto se conoce bajo el nombre de Revolución Industrial, revolución cuyo avance por países se da en una correlación estrecha con el aumento de la población respectiva. Se impone, pues, a la conciencia la vinculación entre ambos hechos: el surgimiento de las masas, en cuanto fenómeno de incremento numérico, tal cual se produce en el Occidente, es sin duda un resultado de la Revolución Industrial y pertenece al conjunto de las transformaciones sociales que ella comporta; de un modo particular la formación del proletariado o “masa” obrera.

La formación de las masas —inicialmente, masas obreras— es, pues, una consecuencia de la transformación del proceso industrial de producción, que desarticula las viejas estructuras del trabajo, remanente de la Edad Media todavía a finales del siglo XVIII, y reagrupa a las fuerzas de trabajo en nuevas unidades correspondientes a la técnica de producción moderna, aglomerando a espesas multitudes humanas en desmesurados centros urbanos. La ciudad se encuentra unida —como es notorio— desde los comienzos del capitalismo al destino de la clase burguesa, puesto que en medio de la sociedad eminentemente rural de la Edad Media se vió emerger, cuando se insinúa el capitalismo, las ciudades comerciales, primero y principalmente en Italia, luego en el norte de Europa, —ciudades cuya propagación prestaría sus nudos a la red del gran comercio capitalista en el seno de aquella realidad rústica y caballeresca. Las ciudades medioevales eran todavía pequeños núcleos urbanos, de 10,000 a 50,000 habitantes; pero en el siglo XIX, y a consecuencia de la revolución industrial, la ciudad experimenta enorme crecimiento y se desarrolla hacia un nuevo tipo —el tipo de la ciudad industrial—. Multiplícanse los agregados urbanos caóticos, donde los trabajadores se hacían sometidos a condiciones de vida sumamente duras; ciudades que agrupan a densas colectividades humanas, apretujadas, por decirlo así, entre los engranajes de la colosal máquina de producir en que la urbe industrial consiste. Toda una literatura describe estas nuevas condiciones, literatura en cuyo cultivo se distinguieron, entre otros autores, Dickens, Balzac y Zolá; y junto a tan abundantes y egregios testimonios, hay que contar también algunos estudios especiales de carácter científico sobre el crecimiento urbano y sus problemas, uno de cuyos estudios se recomienda especialmente: la excelente obra de L. Mumford, *La Cultura de las Ciudades*. La base po-

lítica de este nuevo tipo de agregación urbana —escribe Mumford refiriéndose a la ciudad industrial del siglo XIX— descansaba sobre tres pilares. La supresión de las corporaciones (es decir, de las viejas agrupaciones de trabajo y producción, que todavía se perpetuaban desde la Edad Media) y la creación de un estado de inseguridad permanente para las clases trabajadoras, en primer término. Luego, el establecimiento del mercado libre para el trabajo y para la venta de productos y mercaderías, y, en fin, el dominio de ciertos países extranjeros, es decir, de zonas exteriores, de zonas coloniales, a fin de obtener de ellos las materias primas necesarias para las nuevas industrias y de crear allí mercados capaces de absorber el exceso de la producción industrial mecanizada. Esos son los tres pilares sobre que descansa la formación de las nuevas ciudades industriales del siglo XIX. En cuanto a sus bases económicas, estaban constituidas por la explotación de las minas de carbón, la producción cada vez mayor de hierro y el uso de una fuente de energía mecánica segura y permanente como es la máquina de vapor, cuya importancia para la revolución industrial pusimos de relieve en su momento oportuno.

La concentración industrial que da lugar a este nuevo tipo de ciudades caóticas, desordenadas, y en las cuales las condiciones de vida de las grandes masas resultan sumamente aflictivas, ocasiona, con el desarrollo económico consiguiente, un crecimiento desmesurado de otras ciudades, las ciudades capitales, donde se concentra la riqueza y el gasto lujoso: son esas grandes metrópolis, tentaculares, que ya aparecen en el mismo siglo XIX, y cuya aparición suscita el mito de la gran ciudad, que un sociólogo francés —R. Caillois— ha estudiado con gran detenimiento, en su sugestivo libro *Sociología de la Novela*. Nos encontramos, pues, en presencia de una formación nueva —la metrópoli— distinta, no sólo de la aldea y de la ciudad medioeval, sino también de la propia ciudad industrial, cuya aglomeración urbana eleva al máximo y que es el resultado último de la concentración industrial. La formación de las ciudades modernas se debe, ante todo, al éxodo de los campos; y lo que impulsa a los emigrantes campesinos a escoger la ciudad como meta son, en primer lugar, las ventajas económicas que se prometen obtener allí. La perspectiva de hallar en la ciudad un mejor mercado de trabajo es, en efecto, lo que hace que el medio urbano ejerza tan fuerte atracción sobre el excedente de población rural producido por las condiciones de la moderna industria. Pero no sólo actúan motivos económicos en la determinación de este fenómeno; hay también

motivos extra-económicos, que Sombart aclara, señalando que el emigrante campesino descubre en la ciudad, aparte de mayores facilidades de trabajo, es decir, de un mercado de trabajo más promisorio, la expectativa de ocupación menos dura que las labores agrícolas. Pero con esto todavía nos movemos dentro del terreno económico. Debe agregarse a dicha motivación el atractivo de las diversiones urbanas, una mayor abundancia de esparcimientos que ejercen sugestión sobre el ánimo de las gentes y que inclusive conducen a aceptar condiciones de vida que pueden ser peores eventualmente que las del campo, a cambio de esa otra compensación suministrada por los recreos y diversiones de la ciudad. Pero el motivo extra-económico sobre el que Sombart hace verdadero hincapié como determinante del éxodo hacia las ciudades, es la necesidad, sentida como cosa nueva por las masas campesinas, de libertad individual. La libertad —dice— que antes habitaba las montañas, la soledad de los campos, se ha trasladado a las ciudades y arrastra a las masas tras de sí. La libertad como ideal de masas significa, sin embargo, siempre y únicamente, libertad frente a algo, ausencia de sujeción, y concretamente liberación de las presiones de vecindad, de familia y del poder. Prescindiendo de los motivos de propaganda política, que actuaron poderosamente en la época, las razones que han hecho difundirse con rapidez entre las masas el ideal de libertad, son —según este autor— dos: en primer término, el propio desenvolvimiento de las ciudades, poniendo ante los ojos de las gentes la posibilidad de disfrutar de una libertad antes no sospechada. Fué la ciudad quien primero emancipó al individuo de esas ligaduras, y a medida que ella crece van creciendo las posibilidades de liberación que ofrece al obscuro hombre de la calle. Pero el otro motivo, y éste de carácter técnico, habría sido el desarrollo de los transportes, que sugieren ante la mente de las multitudes la facilidad de abandonar el medio rural donde vivían como enraizadas desde generaciones innumerables, y trasladarse libremente en busca de un ambiente elegido al arbitrio del individuo.

Son factores todos que contribuyen a la formación de las grandes ciudades modernas; pero que, al mismo tiempo, con la aparición de éstas, suscitan problemas pavorosos, afectando a las condiciones de vida de las grandes multitudes agrupadas en ellas. También desde este ángulo, los comienzos de la fase industrial del capitalismo fueron pródigos en sufrimientos para importantes grupos de población, aunque luego hubieran de superarse las dificultades, traduciéndose el cambio comportado por la revolución industrial en una incalculable elevación del nivel de vida y del



bienestar de esas mismas multitudes que primero estuvieron sometidas a las circunstancias más aflictivas. Por lo que se refiere a la ciudad, los suburbios extremadamente pobres, insalubres, donde las condiciones higiénicas eran tan malas como las condiciones morales (de todo lo cual hay remanentes todavía en muchos lugares) fueron la más visible y atroz consecuencia de esa concentración industrial, explotada y devoradora de seres humanos, que vemos surgir en el siglo XIX. Pero el progreso de la técnica ha hecho que se transformen esas condiciones de vida y que desaparezcan, por lo menos en lo fundamental y para los casos típicos, los aspectos más opresivos de aquella realidad. Hasta ha surgido una nueva ciencia, el urbanismo, con el propósito de estudiar según principios racionales, las mejores formas de distribución de las multitudes humanas en poderosos núcleos, hasta transformar la ciudad en esa especie de gigantesca y complicadísima máquina que es hoy cualquiera de las grandes capitales del mundo.

Es evidente que ha sido, sobre todo, el progreso en materia de transportes lo que ha permitido esta formidable transformación urbanística de la gran ciudad. El problema del hacinamiento de multitudes que originariamente surge en las ciudades industriales radicaba en la necesidad de que el obrero viviera junto a la fábrica, pudiendo trasladarse al lugar de su trabajo, andando y en un tiempo relativamente corto. Las facilidades modernas del transporte, al incorporar a los jornales el costo del traslado y hacer éste muy rápido, han permitido el descongestionamiento de las ciudades, distribuídas ahora de una manera más armónica a la vez que extendidas a dimensiones que no hubieran podido sospecharse antes. En verdad, desde el tipo de vida predominantemente urbano como llegó a serlo ya en el siglo XIX, se ha caído en el extremo contrario, al punto de poderse afirmar que la vida rural es hoy en día un mero residuo, vestigio de tiempos pasados, por cuanto la agricultura misma se ha mecanizado, adoptando los métodos del trabajo y de la producción industrial, mientras que el transporte borra, al suprimir el aislamiento, toda diferencia entre el medio rural y el medio urbano, difundiendo por la superficie de la tierra las formas sociológicas de vida propias del medio urbano. Podemos imaginar bien lo que será la superficie de la tierra dentro de no mucho tiempo, si continúa el proceso en la dirección que hoy tiene: las grandes ciudades, actuales núcleos de convivencia, se habrán descongestionado mediante los procedimientos —conocidos y preconizados por la ciencia urbanística— de crear ciudades jardines, ciudades-satélites, etc.; pero al mismo tiempo

habrán desaparecido definitivamente los mínimos centros rústicos, las aldeas aisladas en medio del agro, transformándose, así el suelo en un continuo habitado, donde las viviendas, diseminadas para evitar todo hacinamiento, estarán ligadas por espesísima red de comunicaciones, según puede verse hoy ya en la zona que rodea a los grandes centros metropolitanos.

Una vez eliminados por efecto del progreso técnico los problemas de carácter instrumental de la vida urbana (problemas de alojamiento, de transporte, de servicios públicos en general), el hecho de la convivencia dentro de estructuras urbanas, que es típico de nuestro tiempo, se habrá hecho universal; y este hecho establecido ya, está cargado de consecuencias sociológicas. Por virtud de él, la presencia de las masas se ha convertido en un fenómeno permanente, y no ya accidental, que presta su fisonomía característica a la sociedad en que vivimos.